

demócrata, decían las gentes, porque había peleado con Napoleón, y gustaba de todas las novedades. Pero Carlos Alberto quería ser rey y sabía que siendo sospechoso á sus tíos, de comprometerse por la causa constitucional, corría peligro de ser destituido y de esto en efecto se trató más de una vez. A esta ambición de reinar lo sacrificó todo Carlos Alberto, y esta es la única explicación que puede darse de su conducta, sin que sea necesario buscar en su carácter duro, autoritario y místico otra explicación.

Carlos Alberto sabía aprovecharse de la impopularidad de sus tíos para presentarse como un liberal, y representó tan bien este papel que los que en el ejército conspiraban para obtener una Constitución, no vacilaron en comunicarle sus planes, esto en medio de las persecuciones que sufrían por parte de la policía que había oído campanas sin saber dónde: y en efecto, tanto sonaron, que De Maistre, que falleció poco después, en pleno Consejo de ministros, instó á Víctor Manuel para que concediera á su pueblo una Constitución ó Carta á la francesa.

Organizada la sublevación sin que en los trabajos preliminares hubiese tomado parte Carlos Alberto, quien empero, consentía que se explotara su nombre; convenido el día y todo; los familiares del príncipe de Carignan, Provana di Collegno y el coronel San Marzano, le presentaron el día 6 de Marzo á Lirio y al conde de Santarosa, verdaderos jefes del movimiento en proyecto. El plan era proclamar á Víctor Manuel rey de la Alta Italia, dar una Constitución al pueblo y declarar la guerra á Austria. Todo esto era muy revolucionario, y por consiguiente no convenía á Carlos Alberto, poco deseoso de comprometer su posición. Más que aventurado, era una verdadera locura correr al encuentro de Austria en el Tessino, cuando tenía ya cuarenta y tres mil hombres en Nápoles y organizaba fuertes reservas. Toda Italia unida y á la vez, con los antiguos generales del príncipe Eugenio á la cabeza, hubieran estado en situación de atreverse con Austria: qué, pues, habían de poder por sí solos Nápoles y el Piamonte, si los revolucionarios del Piamonte, con tener á los austriacos en Milán, no llegaron á pensar siquiera en comprometer á los compatriotas lombardos. Todos contaban con la energía del ejemplo. Los piamonteses se movían atraídos por el ejemplo de España y de Nápoles. Tenían, pues, derecho á esperar dentro de este orden de ideas que su ejemplo sería seguido por la Lombardía y por el Veneto. Pero si se comprende que Carlos Alberto se retrajera, no se

comprende que le faltara tiempo para enterar al ministro de la Guerra y al rey de lo que se tramaba, si bien reservó los nombres de los que andaban comprometidos, al mismo tiempo que por medio del general Ciffengo y de César Balbo procuraba por otro lado disuadir á los conjurados, cuya fuerza quebrantaba por completo, ya que con él estaban dispuestos á levantarse todos los regimientos, y sin él todo eran vacilaciones, tanto que al dar el grito en Alejandría el 9 de Marzo por la noche el teniente coronel Ansaldi y el capitán Palma que consiguieron apoderarse de la Ciudadela, no pudieron decidir al regimiento de Saboya que estaba en los cuarteles de la ciudad, cuando los jefes de este cuerpo eran de los más comprometidos y de los principales de la conspiración. No se vieron menos contrariados San Marzano en Vercelli y Lirio y Santarosa en Pinerolo, de modo que el pronunciamiento había poco menos que fracasado; pero la audacia del capitán Ferrero que con su compañía se presentó el 11 de Marzo á las puertas de Turín, llevó la desazón á Palacio: en todas partes no se veían más que soldados pronunciados, y como el rey estaba rodeado de conjurados, creyó que lo mejor que podía hacer era acceder, y ofreció á Ferrero la Constitución de Baviera. Ferrero contestó exigiendo la española ó nada. Esto le pareció demasiado al rey y pensó en resistir llamando al coronel Civavegna que era un oficial popular para que fuera á poner orden en Alejandría, pero Civavegna le dijo al rey que sus soldados no se batirían con sus camaradas. Víctor Manuel entonces resolvió salirse por la tangente y abdicó, dejando á los suyos que se arreglaran como pudieran con su hermano Carlos Félix; un hombre francamente absolutista y despótico, que á la sazón se encontraba en Módena para cumplimentar al rey de Nápoles al regresar á sus Estados por su gran golpe. Ausente, pues, Carlos Félix, Carlos Alberto era el jefe del Estado: el regente, según la ley del país, ¿podía, pues, la revolución que hasta aquí no había roto un solo vidrio como decía bromeando el embajador de Inglaterra en Turín, obtener de una manera más segura y tranquila la victoria? ¿Pero iba Carlos Alberto, que se había separado de sus amigos en momento decisivo, á aprovecharse ahora de las circunstancias? No, Carlos Alberto no se decidió. Hasta aquí podía excusarse conque no era prudente desafiar á Austria, pero el príncipe de Carignan si no quería ceder sino á la fuerza para cubrirse con el nuevo rey, no debía llegar hasta traicionar á sus amigos y partidarios, pues obligado á proclamar la Constitución española,

—14 de Marzo,—faltóle tiempo para escribir á las autoridades para enterarles que en su concepto era nulo todo lo que se hacía porque él había sido violentado. Esto era más de lo que podía pedir á su lealtad Carlos Félix. De modo que la revolución al triunfar se encontraba con Carlos Alberto resuelto á contrariarla; esta resolución del que era considerado como el jefe del movimiento, del que era la esperanza del partido liberal, que de sobra conocía lo que podía esperar de Carlos Félix, hizo un daño inmenso á la revolución paralizando á los más decididos. En fin, para coronar la obra de la defección ni siquiera quiso el príncipe de Carignan recibir á Pallarici y á Castilia que, juzgando de los sentimientos de los lombardos por los suyos propios, vinieron á ofrecerle la adhesión de Lombardía y el antiguo ejército del príncipe Eugenio, cuando en Milán desguarnecida y en las demás ciudades lombardas no hubo ni la menor agitación.

Carlos Alberto envió á Módena al caballero Costa para que enterase á Carlos Félix de lo que había pasado, lo que le puso tan furioso y fuera de sí, que desde Módena mismo,—16 de Marzo,—lanzó un furioso manifiesto declarando rebeldes á cuantos habían tomado parte en el movimiento, pero escrito con tanta saña y tan lleno de venganzas futuras, que llegó á parecer excesivo á los mismos imperiales.

A esta proclama siguió un decreto nombrando á los generales La Torre, Andezeno y Desgeneyns para mandar en Novara, Chambery y Génova, ordenando de palabra á Carlos Alberto que se presentara en Novara en donde recibiría sus ulteriores instrucciones—21 de Marzo.

Sabiendo por Costa el príncipe de Carignan que en Módena se trataba ya de arreglarlo todo para desposeerle de su derecho á la sucesión del trono, no quiso dar pretexto alguno justificado para una revolución *ab irato* é interin mandaba á Módena al cardenal Marozzo á dar explicaciones con lo que distraía á los patriotas que habían ya pensado en apoderarse de él, y hasta hubo quienes propusieron asesinarle, lo preparaba todo para la fuga que dispuso á espaldas de su gobierno, después de asegurar al ministro de la Guerra, á Santarosa, que era absurdo el rumor público que le presentaba como dispuesto á abandonarles, y en efecto, en la misma noche que esto aseguraba salía escapado de Turín para Novara, en donde llegó el día 20 de Marzo. Al día siguiente hizo formal renuncia de la regencia, declarando que la había aceptado por la violencia que se le hizo y el 23 dirigió un llamamiento á

las tropas, encareciéndoles que volvieran al lado del gobierno legítimo.

Había la revolución perdido su jefe y casi su bandera con la defección de Carlos Alberto, pero la Junta, que se había creado en Turín inspirada por Santarosa que vino á constituirse en dictador, no se desanimó, contestó al manifiesto del rey con otro en que le consideraba prisionero y sin voluntad libre para tomar sus resoluciones é hizo un llamamiento á todos los patriotas para defender la causa de la libertad.

La traición de que se consideraba víctima á la Junta, exaltó á los patriotas y á todos los hombres de honor, produciendo sus naturales resultados, pues en Novara mismo se lanzó al campo el regimiento de dragones; y en Génova la revolución quedó triunfante, habiendo corrido serio peligro el general Desgeneyns que quiso oponerse. Otras fuerzas secundaron el movimiento en otras partes, y aunque se estaba lejos de haber conseguido sublevar el ejército entero, Santarosa, creyéndose ya fuerte, dió orden de que se concentrara en Alejandría el ejército constitucional para expulsar luego de Novara á los realistas y penetrar en Lombardía, pero hé aquí que en medio del entusiasmo general, recibe Santarosa de Confalonieri un billete, rogándole encarecidamente que no pase el Tessino porque no será secundado su movimiento en Lombardía y no haría más que comprometer á los lombardos. Desde este momento la revolución había acabado en Piamonte. Piamonte no podía pensar en resistir por sí solo á Austria; podía pensar en un levantamiento de Italia contra Austria, pero eso en una guerra de potencia á potencia. El desaliento sobrevino en seguida, y aprovechando la ocasión, el embajador ruso, que le era Mocenigo, propuso una inteligencia con el rey, que la Junta aceptó. Santarosa, convencido de su impotencia, dejó hacer. Para su gloria hubiera valido ciertamente más verle al frente de las fuerzas que el coronel Regis llevó contra La Torre, haciendo que éste se retirara al tenerlo enfrente por temor á sus propios soldados, para apoyarse en los austriacos que ya habían pasado el Tessino, pero Santarosa no hubiera por esto hecho más que Regis, que en vano esperó que se le unieran las tropas de La Torre, con cuya defección contaba. Regis, cañoneado al acercarse á Novara, con los austriacos sobre su flanco izquierdo, no pudiendo batirse, tuvo que ver, como Pepe, como se desbandaba el ejército liberal.

La Torre entró en Turín el 10 de Abril. Ansaldi escapó como pudo de Alejandría; Santarosa vino á

España para defender su libertad amenazada, y Collegno se marchó á Grecia á trabajar en su glorioso levantamiento. Desgeneys en Génova al ser restaurado se portó con verdadera magnanimidad, dejando que se embarcaran en San Pier d' Arena los que le habían destituido y reducido á prisión. Garelli y Lanesi fueron menos afortunados. Condenados por el Consejo de guerra de Turín, fueron fusilados.

Nada tuvieron que hacer en Piamonte los doce mil austriacos que quedaron ocupándolo por convenio hecho con Carlos Félix, de modo que las revoluciones de Nápoles y de Piamonte habían dado

por resultado la casi entera ocupación de Italia por los austriacos, quienes dejaban en las Dos Sicilias cuarenta y tres mil hombres que habían ido allí á hacer la restauración. Los reunidos en Laybach podían, pues, volverse á sus capitales arrojando al mundo su insolente manifiesto de 14 de Mayo, en el que se hacían una honra de saber prevenir las revoluciones.

¿Qué iba ahora á suceder en Nápoles y en Piamonte? En Nápoles su imbecil monarca se apresuró á llamar de nuevo á su lado al crapuloso príncipe de Canosa, que no pedía más que represiones san-



Grupo del mausoleo de la archiduquesa Cristina en Viena  
Obra de Canova

grientas y duras, desarrollándose de nuevo el sistema terrorista como en los pasados tiempos, siendo no pocos los que subieron al patíbulo en 1822 por *affari de liberta*. Morelli y Silvati pagaron con la vida sus trabajos revolucionarios. Pepe y Rosarol fueron igualmente condenados á muerte, pero por fortuna, habían podido escapar. Los generales Colleta, los diputados Arcovito, Paerio, Roselli y otros fueron desterrados á Austria que consentía en que sus ciudades se convirtieran en presidios de los patriotas napolitanos. Carrascosa pudo escapar á tiempo.

En el Piamonte las cosas pasaron con más calma gracias á que Carlos Félix no podía sufrir ni á los curas ni á los soldados. Siendo un verdadero sibarita, no quería que nadie le perturbara en sus goces ni quería él tampoco molestar á nadie excepto á Carlos Alberto, porque le constaba que era el verdadero responsable de lo que había ocurrido, así se propuso obtener la abolición de la ley sálica en cuya

virtud heredaba Carlos Alberto y llevar al trono al duque de Módena que había casado con una hija de Víctor Manuel.

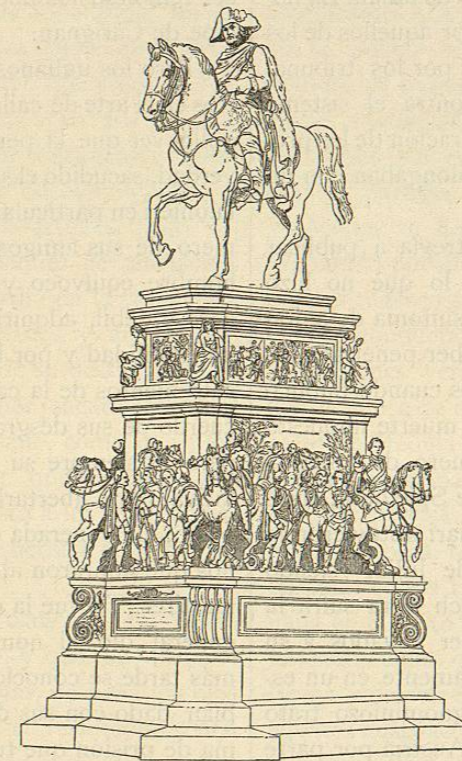
Carlos Alberto, repudiado por sus amigos y por su familia que no le admitía en sus reuniones, se vió blanco de toda clase de insultos en donde quiera que se presentaba por parte de las autoridades italianas que lo mismo en Piamonte, que en Milán, que en Lombardía, le trataban con el mayor desprecio, y se hubiera presentado en Turín á reclamar que fuera juzgado por un Consejo de guerra, si el embajador de Francia en Toscana, marqués de Maironfort, no cogiera hábilmente la cuestión para restaurar la perdida influencia de Francia en Italia, haciéndose paladín de los derechos á la corona de Carlos Alberto, y tanto intimaron los borbones de Francia con el príncipe de Carignan, que cuando los cien mil hijos de San Luís entraron en España, Carlos Alberto entró también en compañía de su íntimo amigo el duque de Angulema, para combatir á la

vez á los españoles y á sus antiguos partidarios y compatriotas que con Santarosa al frente, defendieron noblemente la revolución española.

Como hemos visto, nada había pasado en la Italia austriaca. Deseos y aspiraciones no faltaron, pero la realidad de los acontecimientos se impuso y se hubo de dejar para otro tiempo la realización del dorado sueño de expulsar á los tudescos. ¿Pero podía dejar el gobierno de Metternich, cuando

tan grande era su triunfo, de echar mano á los jefes del levantamiento de mañana? ¿No era esto propio de un sistema de gobierno preventivo? ¿No valía más prevenir la futura revolución lombarda que combatirla luégo? Esto se diría el canciller austriaco y resolvió tratar á los patriotas y liberales lombardos como si se hubieran levantado contra Austria.

«Instalóse en Milán,—Noviembre de 1821,—una comisión encargada de investigar las relaciones que



Monumento de Federico el Grande de Prusia, en Berlín  
Obra de Rauch, 1777-1857

habían existido entre los conspiradores lombardos y los del Piamonte; principiósese por detener al doctor Castilla, uno de los delegados que fueron á Turín; Pallavici, su compañero, hombre enérgico, se denunció entonces á sí mismo y dijo cuanto sabía. Confalonieri, á quien su esposa instaba para que se fugase, en lo que le auxiliaban sus amigos, incluso Bubna el gobernador austriaco de Milán, fué retardando su marcha hasta llegar luégo á ser imposible. La flor de la sociedad milanesa, los Borsieri, los Tonelli, los Arese y otros, les siguieron en los calabozos, mientras otros, tales como Pecchio, Bosis, Arconati, Porro y Bechet, se fueron al destierro desde donde Bechet escribió sus valientes poesías contra los alemanes. Entonces vinieron esos años durante los cuales los agentes de policía y los jueces de instrucción criminal, fundaron su terrible re-

putación con los tormentos que hacían sufrir á las víctimas de su arte. Eran estos los Salvotti y los Bolza, criaturas de una perversión brutal y sin pudor; Bolza era conocido como uno de los hombres más corrompidos.

»Entre las numerosas anécdotas relativas á su barbarie, las hay sin duda alguna exageradas é inventadas; sin embargo, las revelaciones hechas de Spielberg, han hecho luz sobre ese sistema de implacables tormentos, á los cuales daban la bondad de funcionarios caritativos, que á menudo tenían que ejecutar las prescripciones, un color todavía más espantoso. Cuán poco podían contar las personas con buenos tratos, esto es lo primero de lo que se les quitaba la esperanza. La comisión especial de Venecia publicó el 22 de Diciembre la sentencia pronunciada contra treinta y cuatro ciudadanos de